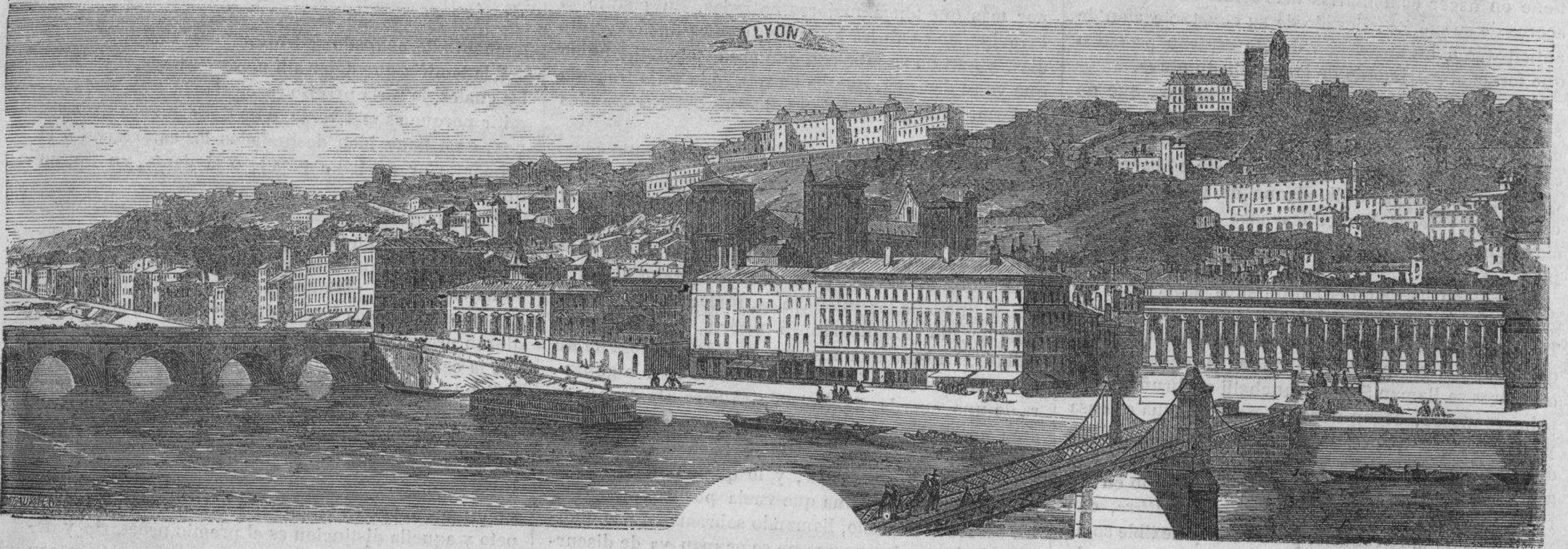


El Periódico ilustrado.



Número 27.

DEL 7 AL 14 DE SETIEMBRE DE 1865.

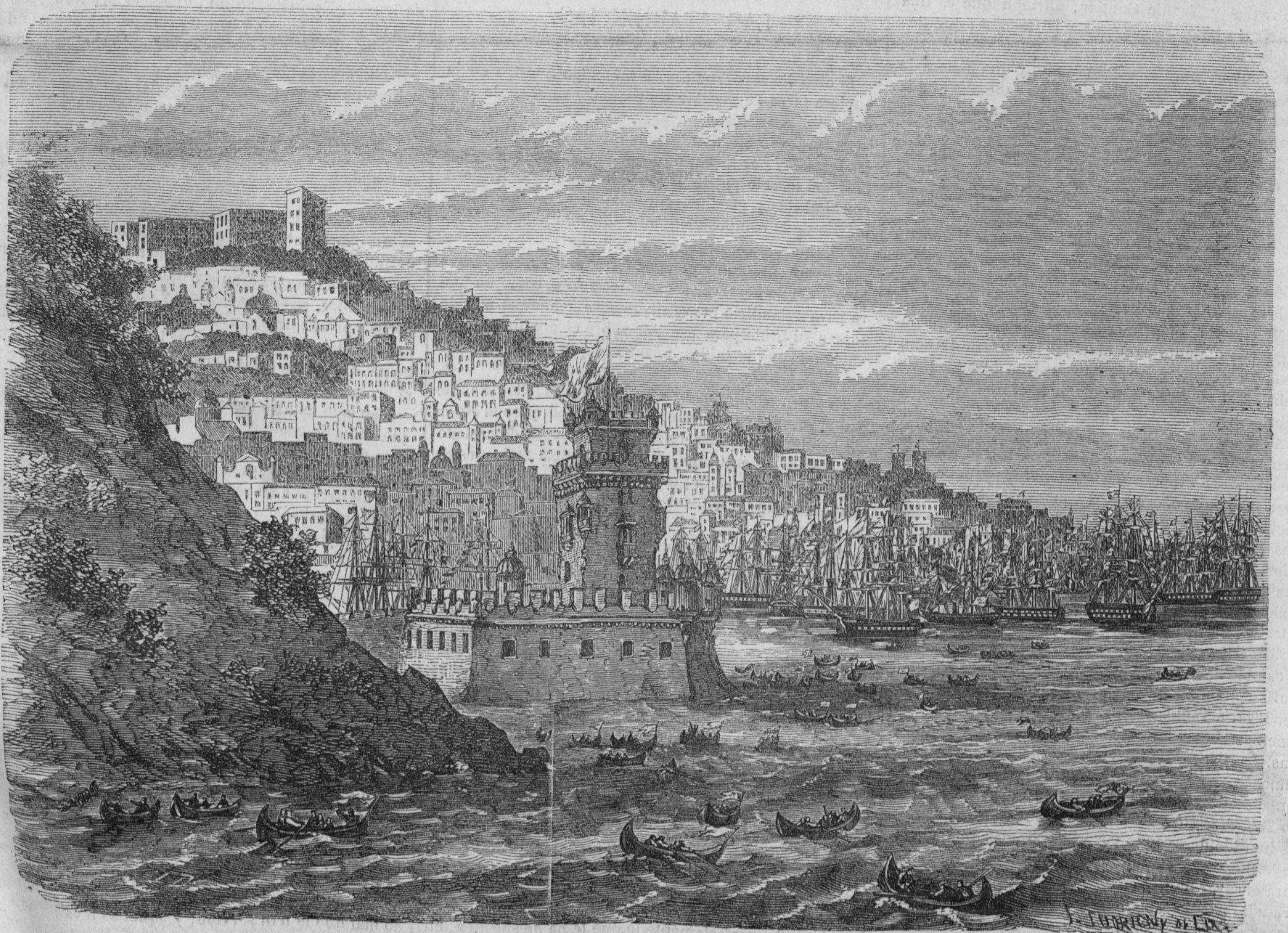


ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.

SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Las apariencias*, por E. Domenech.—*A C. S., en sus días*, por Palacio.—*El sabio y el niño*, por J. M.—*Lisboa.*—*Memorias de un canario*, por F.—*****, por Blasco.—*Lyon.*—*El vendedor de claveles.*—*La caída de la hoja.*—*Monumentos históricos de la Alsacia.*—**LAMINAS:** Lyon.—Lisboa.—El vendedor de claveles.—La caída de la hoja.—Monumentos históricos de la Alsacia.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.		UN NÚMERO
Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID. } 5 cuartos en PROVINCIAS.
Provincias. . .	Un año 28 » —Seis meses 14 »	
Ultramar. . .	Un año 80 » —Seis meses 50 »	



LISBOA.

REVISTA DE LA SEMANA.

Todavía no se ha dado á luz la lista de los cantantes ajustados para el teatro Real, y ya el público se entretiene en hacer comentarios más ó ménos favorables acerca de su mérito, llevado de su constante afán de anticiparse á los sucesos, y de ese espíritu profético que forma el patrimonio de las muchedumbres.

Nosotros, que tenemos calma para esperar, que no somos de los que se pagan de nombres, y que creemos que en artes, la fórmula mas verdadera es la tan conocida de Santo Tomás, diremos, sin embargo, lo que sepamos respecto de alguno de los artistas en cuestion, á reserva de rectificar mas adelante los juicios ajenos, y de someter á la crítica los juicios propios.

Cuatro son los tenores contratados hasta hoy, segun nuestras noticias, y dejando aparte al eminente Tamberlik, el cual no vendrá hasta marzo, época en que termina su contrato en Rusia, diremos que los otros tres se llaman Stiger, Fanchelli y Abruñedo. El primero posee, segun nuestras noticias, una estensa y poderosa voz que le permite cantar muchas obras del repertorio antiguo, y que lucirá en *La Africana* con gran ventaja sobre Naudin, que la ha cantado en París. El segundo es un tenor de *mezzo carattere*, con un órgano no muy robusto, pero dulce y flexible como pocos, y hay quien asegura no tiene rival cantando los *Puritanos* y *Sonámbula*. En cuanto al tercero, basta saber que ha sido discípulo de Ronconi, para decir que tiene una buena escuela de canto, añadiendo los que le conocen, que el timbre de su voz es seguro y excelente, hasta el punto de hacer olvidar su figura, un si es no es vulgar y amanerada.

Entre las ocho ó diez tiple, algunas muy bien reputadas, que figurarán en la compañía, debe sin duda ocupar el primer lugar la señora Rey Balla, á la que ha bastado para formar su reputacion en París la interpretacion del papel de *Lady Macbeth*; y de la cual, críticos tan eminentes como Escudier, Pradelin, Prevost y Teofile Gautier, afirman que es una cantatriz sin igual en el drama y la tragedia; que tiene inteligencia, acento, ademanes y miradas sublimes; una voz cuyo timbre lo domina todo, y una belleza de correccion antigua. De las demás solo sabemos que la señora Steyk tiene tambien una magnífica voz, y que hay una contralto de mucho mérito.

De bajos y baritonos solo recordamos al señor Bonnet, que ha sido uno de los primeros artistas de la ópera francesa, y que canta el *Guillermo Tell* como no se ha oido por estas tierras.

La empresa del teatro Real presentará al mismo tiempo una compañía de baile de primer orden, de la que forman parte diez ó doce parejas de inglesas, escogidas entre las mas hermosas. Y cuenta sobre todo con Mr. Harris, el primer director de escena de Europa, y cuyo talento para manejar las masas de comparsas y coristas, y presentar cuadros plásticos que arrebatan al público, han hecho de él una verdadera celebridad.

Esto unido á la brillantez de la orquesta, al lujo del espectáculo, y á las grandes mejoras introducidas en el local, hacen esperar que la temporada próxima será de las mas animadas que hayamos disfrutado en este delicioso recinto, que la hermosura de nuestras mujeres trasforma por las noches en un palacio de hadas.

La empresa de los Campos Eliseos ha anunciado ya oficialmente, que el dia 15 cerrará las puertas de su teatro. Su campaña no debe haber sido muy productiva bajo el punto de vista de los intereses, pero en cambio ha sido notable bajo el punto de vista artístico. Los honores del éxito han correspondido en primer lugar á Tamberlik y la Nantier Didieé, siendo de lamentar el que hayamos oido tan pocas veces á las Sras. Lagrua y Volpini y al Sr. Steller, cuyo talento hemos saboreado al final. Las óperas que mejor se han cantado en la temporada han sido *El Profeta*, *Guillermo Tell*, *Macbeth* y *La Mutta*. En cuanto á los conciertos han ido decayendo poco á poco, más que por falta de entusiasmo en la orquesta, por falta de tiempo para ensayar buenas piezas. Con todo, el recuerdo del preludio y la marcha de *La Africana*, basta para consolarnos de aquella pena.

La Zarzuela nos ofrece para esta noche su funcion inaugural, compuesta de una pieza original de Puente y Brañas, titulada *Los lirios del olvido*, de otra arreglada por Correa, *La Epistola de San Pablo*, y de otra del

señor Santisteban, *El Jardinero*. La música de estos tres juguetes es respectivamente de los señores Moderati, Rogel y Albelda. Los nombres de los autores nos autorizan á creer en su buen resultado, pero no lo daremos por seguro hasta despues de visto; pues este teatro tiene peores salidas que la estacion del Norte, por más que tenga mejores entradas. En cuanto al Príncipe, no se abrirá hasta dentro de quince ó veinte dias, y aun no se sabe con qué produccion. Lo único que yo sé decir es, que se ha repartido ya la tragedia de Vega, en la que trabajan todos los actores grandes y pequeños.

Veremos á ver si todas estas obras valen tanto como la del fronton del Congreso, que debe terminar en breve, y que es, segun parece, la obra maestra del cincel de Ponziano, y la de los leones de bronce que con destino al mismo edificio se han fundido en la maestranza de Sevilla, y cuya belleza y valor artístico son, á juicio de los inteligentes, inestimables.

Ha llegado recientemente á la córté, el famoso ciego Vailati, el mismo que nos sorprendió hace cosa de un año con sus ejercicios en la bandurria y en la guitarra de una cuerda. Es probable se haga oír de nuevo ante los aficionados, que de seguro pasarán un rato agradable.

Lo que nadie esperaba, y lo que ha llegado tambien, es una golondrina que vuela por Pamplona con un cascabel al cuello, llamando sobremana la atencion de los curiosos, que no se ocupan ya de discursar quién le pone el cascabel al gato, sino de averiguar quién se lo puso á la golondrina.

Supongo que para estas averiguaciones no se echará mano de la justicia; en cuanto á mí, si me llegan á tomar declaracion, diré francamente que, el que se entretiene en poner un cascabel á una golondrina, podria con la misma razon colgar un cencerro del cuello de un amigo. Poner trabas á la libertad, es lo mismo que destruirla; y un cascabel, por lijero que sea, pesa para un ave tanto como la bala de cañon del condenado á cadena perpétua.

M. DEL PALACIO.

LAS APARIENCIAS.

El otro dia sorprendimos á un amigo nuestro en la enojosa tarea de escribir un drama, con el título que encabeza estas líneas.

Es un jóven sin nombre alguno en la república de las letras, y por lo tanto no tememos divulgar su secreto, si secreto puede llamarse lo que hoy se pregona con tímboles y clarines, anunciando el extraordinario mérito de la composicion, aun antes de haber planeado el autor su concebido argumento.

Si fuera un autor conocido, ya nos guardaríamos muy bien de nombrar semejante asunto, como no fuera para aplaudirlo preventivamente, y mucho más de tomar su título para escribir sobre él algunas observaciones que, reunidas, forman lo que se suele llamar un artículo.

Esto es verdaderamente injusto, y una falta de amistad si se mira con el rigor de la realidad; pero el autor de la obra á que nos referimos, conocerá demasiado los efectos de su título, para que tome á mal nuestro proceder, y nos califique con el epíteto que mereceria un hecho de tal naturaleza en cualquier otro acto de la vida.

Porque, en efecto, con esto cometemos dos faltas; abuso de confianza, por revelar un secreto, y usurpacion, por apropiarnos parte de un drama; porque parte de un drama, como de una obra cualquiera, es el título, en particular hoy, que por sí solo ofrece algunas veces muchas esperanzas, no encontrando luego quizás otra relacion con el fondo que la de un verso hábilmente dispuesto para que repita el epigrafe de la portada.

Este epigrafe son *Las apariencias*.

Y en efecto; ¿qué móvil impulsa muchas veces á suscribirse á una novela, á comprar una obra ó á asistir al teatro? El atractivo del título, que por tal ó cual circunstancia despierta interés y obliga á buscar el contenido. Que éste corresponda ó no al anuncio, importa poco: se ha llenado el objeto: las apariencias han cumplido con su mision: alucinar.

Si del título pasamos al nombre del autor, nuestro amigo sabe perfectamente lo que le ha de suceder, en vista de lo que pasa á todos los que están en su clase.

Aun cuando concluya su obra, y su conciencia exenta cuanto sea posible de amor propio, le diga que es

buena y digna, no la puede presentar á ningun actor ó empresario, porque ante todo preguntarán:

—¿De quién es?

—De Fulano.

—¿Fulano!.... ¡No le conozco!

—No es extraño, porque es la primera obra que presenta.

—¡Ah! Pues entonces déjela Vd., y cuando haya un momento desocupado se leerá.

Y la tendria que dejar allí meses enteros, al cabo de los cuales, le seria preciso recojerla sin leer, ó sin admitir porque es mal verso, ó no tiene buenas situaciones, ó no tiene bien deslindados los caracteres, ó el primer actor no tiene papel, ó la dama, en fin, no quiere hacerlo.

Esta misma obra, firmada por cualquier escritor conocido, aunque no fuera de los más autorizados, tendria bien diferente éxito: empresa y actores acudirian solícitos al autor pidiendo hora oportuna; el celo del empresario salvaria los mil inconvenientes que se pudieran presentar, y la obra se pondria en escena apenas la censura la declarase válida.

Siendo de un escritor novel, no hay tiempo, no vale nada; siendo de un autor afamado, hay tiempo de sobra, la obra vale mucho.

Esto, en cierta parte, es justo, lógico, necesario: el autor conocido ha dado á entender en otras ocasiones sus dotes, su talento, su habilidad, y aquel respeto y aquella distincion es el premio necesario y debido á su fama, que se opondria por otra parte, y con razon, á presentar una obra sin que se le hiciera igual recibimiento.

¿Pero es justo que porque el otro no haya manifestado aun sus disposiciones, y solo porque su nombre no está ya rodeado de una aureola de gloria, se le desatienda, se le moleste y se le desprecie, sin fijarse en el mérito que pueda tener la composicion? ¿Es justo, que en un escrito del primero se ensalcen las bellezas, y se eche un velo sobre los defectos, de los cuales no está exento nadie, y al segundo por el contrario, se le vayan notando y desmenuzando estos, ocultando ó atribuyendo á casualidad las bellezas que pueda tener? ¿Es justo, en fin, que si el primero recibe una silba se achaque á la mala ejecucion por parte de los actores, y si la recibe el segundo se diga que es por culpa de la obra?

De ninguna manera. Ese proceder tan generalizado hoy por desgracia, es la lucha sempiterna del fuerte contra el débil, de la mentira contra la verdad, del opresor contra su víctima, de las apariencias contra la realidad.

Vamos á un café, y encontramos sentado á una mesa un pobre trabajador que, concluidas su faenas y despues de haber vuelto á su hogar y haber estrechado entre sus brazos á su cariñosa esposa y sus inocentes hijos, se lava y se asea, y en vez de ir á una taberna á prostituirse si no lo está, se dirige al café, toma un periódico, y se recrea, y se instruye, mientras saborea, digámoslo así, un mal cigarro, y se deleita con el aroma del café.

A su lado en otra mesa, se vé un apuesto caballero que antes de comenzar sus faenas, á pesar de ser las once de la noche, sin haber ido á su casa desde las diez de la mañana que salió de ella, y á cuya hora ni hizo un cariño á su esposa, ni dió un beso á sus tiernos hijos, acicalado y vestido con suma elegancia; y al café, pide todos los periódicos con indiferencia, y sin creer que le puedan instruir, y toma un café con algunas copas, mientras saborea un rico habano, y desafía con su mirada altiva ó desdeñosa á todos los que están á su alrededor.

El artesano ha entrado á las diez en el café, y el caballero á las once.

El artesano llama á los camareros, y el caballero no.

Al segundo se le apaga el cigarro, y el camarero le brinda al instante con una cerilla; al primero se le apaga tambien, y si las cerillas se le han concluido por casualidad, tiene que aguardar una ocasion para comprarlas y encender.

Al que entró á las once se le sirve en seguida, y el que entró á las diez aguarda todavía.

Y sin embargo, este concluye de tomar su café, lo paga religiosamente, y da la propina de costumbre por lo mal que le han servido, y aquel se levanta sin pagar muchas veces, so pretexto de que se le olvida o no lleva suelto, ahorrándose quizá con ello, aunque no sea mas que la propina.

El artesano es una persona honrada, de recomendables antecedentes, y el caballero es tal vez uno de esos muchos sugetos de industria que abundan por todas partes, no siendo por consecuencia dudosa la eleccion.

¿Por qué, pues, la diferencia entre uno y otro? ¿Por qué la primacía del elegante sobre el decente? ¿Por qué al primero se le sirve con mas esmero y puntualidad, pagando el segundo quizás con mas puntualidad? ¿Por qué al uno se le llama caballero y los mozos le saludan, le reverencian, y al otro le llaman hombre ó *tío*, y no le contestan apenas cuando se despide ó saluda? ¿Lo causa la diferencia de educacion, á la cual se debe siempre mas respeto, mas distincion? Si el decente se porta con arreglo á los deberes de sociedad, por más que su traje no sea el más elegante, ¿por qué no se le ha de acoger con igual benevolencia que al otro?

Por las apariencias, solo por las apariencias.

Vamos al templo del Señor, que es el templo de la verdad, y tambien allí vemos diferencias que nos repugnan, que nos convencen, que en el mundo todo se hace llevados por las apariencias.

Entra una señora ricamente vestida en la casa de Dios, y al momento se le ofrece lugar en un banco, ó se le presenta un catrecito para que se siente; al mismo tiempo que entra una misera anciana, y nadie le da asiento, y ni aun se la hace sitio para que pase á buscar el apoyo de una columna, puesto que Dios y el mármol son los dos únicos que le prestan apoyo; el uno á su alma, y el otro á su cuerpo.

Y sin embargo, la señora va quizás á aquel lugar por hipocresía, por cubrir *las apariencias* para con el mundo, y la pobre anciana va porque se lo dicta el corazon, porque quiere reverenciar á Dios, y acude á su templo á implorar misericordia de aquel á quien nunca se le demanda en vano.

¿Por qué esa diferencia, pues, tambien en un punto en que debiera haber solo igualdad por estar en el palacio y ante el Rey de la Justicia? ¿Por qué esas preferencias? ¿Por qué los mismos concurrentes, menesterosos muchos, protejen esas desigualdades y las practican tambien en favor de una señora que tal vez tenga el alma llena de cieno, y en contra de una pobre anciana, buena quizás, bondadosa, resignada, y de la misma clase de aquellos? ¿La ancianidad no es siempre digna de consideracion y respeto, y en su miseria preferible á la rica juventud? ¿Por qué se atiende á una y á otra no? ¿Por qué esas diferencias?

Por las apariencias, por las apariencias.

Un jóven tiene relaciones de amor con una linda niña. Juramentos de ternura se repiten y cambian, y la felicidad les sonríe batiendo sus alas sobre sus ardientes cabezas.

El jóven acostumbra ir á visitarla á las cuatro de la tarde.

Las horas próximas á la de una cita son extraordinariamente largas, y la jóven, impaciente ya porque dieron las tres hacia muchísimo tiempo en concepto de ella, sale al balcon para ver si puede abreviar la hora y encontrar á su afortunado amante en alguno de los que doblan la esquina.

A poco rato dan las tres y cuarto.

El espacio de tiempo que le habia parecido un siglo era un cuarto de hora.

En aquel momento, un ser de esos que tienen la ridícula pretension de hacer reir en todas partes y que la sociedad apellida con el no menos ridículo nombre de *pollos*, aparece en la calle y se fija en la linda enamorada que está en el balcon.

Lo ridículo tiene el privilegio de llamar siempre la atencion, y la jóven le mira.

El pollo se cree ya correspondido por aquella belad y le hace una mueca.

La jóven, como es feliz con su amor, todo le parece bello, todo le alhaga, todo le sonríe, y al ver la necia pretension del pollo, con su audacia, su necedad y su estupidez, se sonríe como cuando se ve una cosa rara, siquier sea por lo desabrida y lo tonta.

En aquel instante el venturoso amante aparece por la esquina opuesta.

Las tres y media suenan en los relojes.

Por desgracia, viene media hora antes de lo acostumbrado.

El jóven sorprende la actitud de ella, su sonrisa, la seña del otro y hasta su atrevido é imprudente saludo, y enciende todo esto en su corazon una hoguera

de celos, rabia y desesperacion, que no bastan á apagarla los ruegos, los sollozos, las disculpas, las protestas de aquella cándida virgen, que, por anhelar demasiado ver pronto á su amor, salió al balcon una hora antes de lo que debia, recogiendo en él, en vez de la sonrisa de aprobacion que esperaba, una dura reconvenccion, el principio de una lucha desigual, quizá la pérdida de un amor que la hacia gozar, que la hacia sonreír, que la hacia feliz.

Y ¿quién es el culpable de este lamentable accidente, de este suceso involuntario?

Las apariencias, siempre las apariencias.

Llega un marido á su casa de regreso de su oficina ó sus quehaceres, y cuando tal vez revolotea por su imaginacion algun proyecto de ventura, algun obsequio para su esposa, alguna esperanza alhagueña para un porvenir, quizá muy próximo, tropieza casualmente con un papel que salta de un pañuelo, cae de un libro ó se halla en el bolsillo de un vestido, y encuentra en él una proposicion infame á su mujer, un pacto criminal con ella, un engaño punible á su buena fé.

La ira, filtrada instantáneamente en su sangre, asoma á sus ojos; críspa los puños, y agitado por una exaltacion nerviosa, intenta un disparate que compromete la vida de su esposa, la suya y la de sus hijos tambien tal vez. Reprocha á su mujer con el mal modo con que se puede reprochar á una mujer infame, y aquella que poco antes se habia visto acariciada por su marido, se la ve despreciada por él, insultada hasta el extremo de llamarla adúltera, arrojada de su casa, separada del amor de la familia, escarnecida, tildada por la sociedad y espuesta en fin á perecer de miseria.

Y aquella mujer, sin embargo, es inocente; aquella mujer no tenia conocimiento de aquel escrito fatal, que una mano audaz le habia puesto en el pañuelo, en el libro, ó en el bolsillo. Aquella mujer no ha intentado jamás olvidar por un momento á su marido y á sus hijos, no ha alimentado nunca una pasion criminal, no ha dado oídos á una proposicion infame, ha amado á sus hijos y respetado á su marido, respetándose á sí misma; no ha faltado en fin: es indigna del duro tratamiento de su marido.

¿Qué pruebas, pues, tenia aquel hombre, que la amaba con delirio, que cifraba en ella su ventura, que era ella el ídolo de su corazon; que era, en suma, su bienestar, su dicha, su felicidad? ¿Tenia otra prueba que aquel escrito? ¿Sabia si ella lo habia admitido, si habia contestado, si habia aceptado aquel vergonzoso y criminal ofrecimiento?

No, no sabia nada más, ni tenia otro antecedente que aquel.

¿Le habia faltado su cariño? ¿Correspondia con frialdad ó desvio á sus obsequios, á sus caricias?

Tampoco: demostraba amar á su marido con delirio.

Pues entonces, ¿qué causa ha impelido al marido á obrar con tanta irreflexion, con tanto enojo, con tanta dureza?

Las apariencias, las apariencias.

Y en suma, si Adán fué seducido en el Paraiso por Eva, y Eva lo fué por la serpiente, hoy la serpiente de esto, que dista mucho de ser el Paraiso, es.... *las apariencias*.

Por las apariencias se tiene á un hombre por rico cuando se está muriendo de necesidad; se tiene á otro por honrado y es un temible criminal; se abren las puertas de una casa á otro que parece fiel para que sirva en ella, y desaparece á los pocos dias habiendo robado los cubiertos, el dinero ó la reputacion de aquella familia que le admitió.

Por las apariencias entra un carruaje por la puerta de una ciudad, y los dependientes de la odiosa contribucion de consumos le registran hasta por debajo de los almohadones de los asientos; y entra luego otro y se contentan, si lo llegan á hacer, con preguntar desde la portezuela si llevan algo sujeto al pago; siendo así que el primero es de un honrado ciudadano, que nunca ha pensado en defraudar al Estado con el contrabando, y el segundo es de uno que vive tan solo de él.

Por las apariencias se juzga de la honradez de las personas, de su estado, de sus riquezas, de sus vicios y de sus virtudes; del valor, del ingenio, del poder, del pasado, del presente, del porvenir, de los proyectos, de las ideas, del corazon.

Por las apariencias se da á uno un nombramiento de empleado público; el pueblo da á otro sus votos y su confianza para que represente sus derechos cerca

del gobierno en el Congreso; el rey, en los países constitucionales, elige de entre sus más allegados un ministro, que aconseje y comparta con él las penalidades del peso de un gobierno, ó las glorias, si tal, pocas veces visto, es su fortuna; el Pontífice reviste á éste con la autoridad y púrpura cardenalicia; el gobierno envia á aquel de embajador para que represente al soberano cerca de los de otras naciones; los partidos, divididos y subdivididos, todos con la mejor intencion y creyendo cada uno tener razon, se hacen mutuamente una encarnizada oposicion; los periódicos se censuran unos á otros con acritud las más de las veces; y todas las clases, los ricos y los pobres, los míseros y los poderosos, los buenos y los perversos, los honrados y los malvados, los inocentes y los criminales, los virtuosos y los viciosos, todos aparecen en el mundo cubiertos con el manto de las apariencias, no pudiendo distinguir unas clases de las otras, como no se distingue tampoco muchas veces la mentira de la verdad.

Las mujeres cuando se encuentran se besan: los hombres cuando se ven se abrazan y se dan la mano. ¿Podremos distinguir en uno y otro caso cuándo aquella demostracion es la expresion del afecto, del cariño, de la amistad, y cuándo el resultado de un cálculo, de una hipocresía, de una satisfaccion tan solo de la costumbre ó la moda?

No; aquella farsa tan general con que se confunde á los amigos y enemigos, con que se miente á la sociedad, al mundo y hasta á sí mismo, es que no le bastan las dilatadas regiones que domina; necesita encarnarse más profundamente, invadir absolutamente todos los terrenos, todas las clases, todas las especies; es, en suma, una nueva forma con que se presenta á nuestra vista el enemigo comun: *las apariencias*.

E. DOMENECH

Á G. S.

EN SUS DIAS

Pues abren ya la vida y la esperanza
sus puertas para tí,
voy á decirte, niña, en confianza,
lo que yo al traspasarlas, aprendí.

Nave que cruza el piélagos profundo
es el humano ser,
con su experiencia la dirige el mundo
al escondido puerto del deber.

Cargada de ilusiones y deseos
boga por alta mar,
y son de su victoria los trofeos
la fé y la calma que convida á amar.

Ayes la brisa llevará á tu oído
de lánguida expresion,
desprécialos si halagan el sentido,
acójelos, si van al corazon.

Así tranquila correrás la senda
que alegre yo corré,
de amor y fé cegado por la venda
ya rota para mí.

M. DEL PALACIO.

EL SÁBIO Y EL NIÑO.

ANÉCDOTA.

Paseando un dia el conde de Campomanes á caballo en las inmediaciones del sitio de San Ildefonso, donde se hallaba la corte de Carlos III, vió en el campo una planta que tuvo ganas de examinar. Bajó de su caballo, y aprovechándose este al momento de su libertad, comenzó á galopar á lo largo del camino. El conde le siguió, le llamó, el caballo se detuvo; pero en el momento de ir á cogerle volvióse á escapar. Un niño que trabajaba en un campo inmediato, y que lo vió, corrió al camino, y llegó á tiempo para coger la brida del caballo, la que tuvo firme hasta que llegó el dueño. Mirando el conde al niño, admiraba su semblante tranquilo y su aire satisfecho.

—Te doy las gracias, muchacho, le dijo; le has detenido muy bien... ¿Qué te daría yo por tu trabajo?

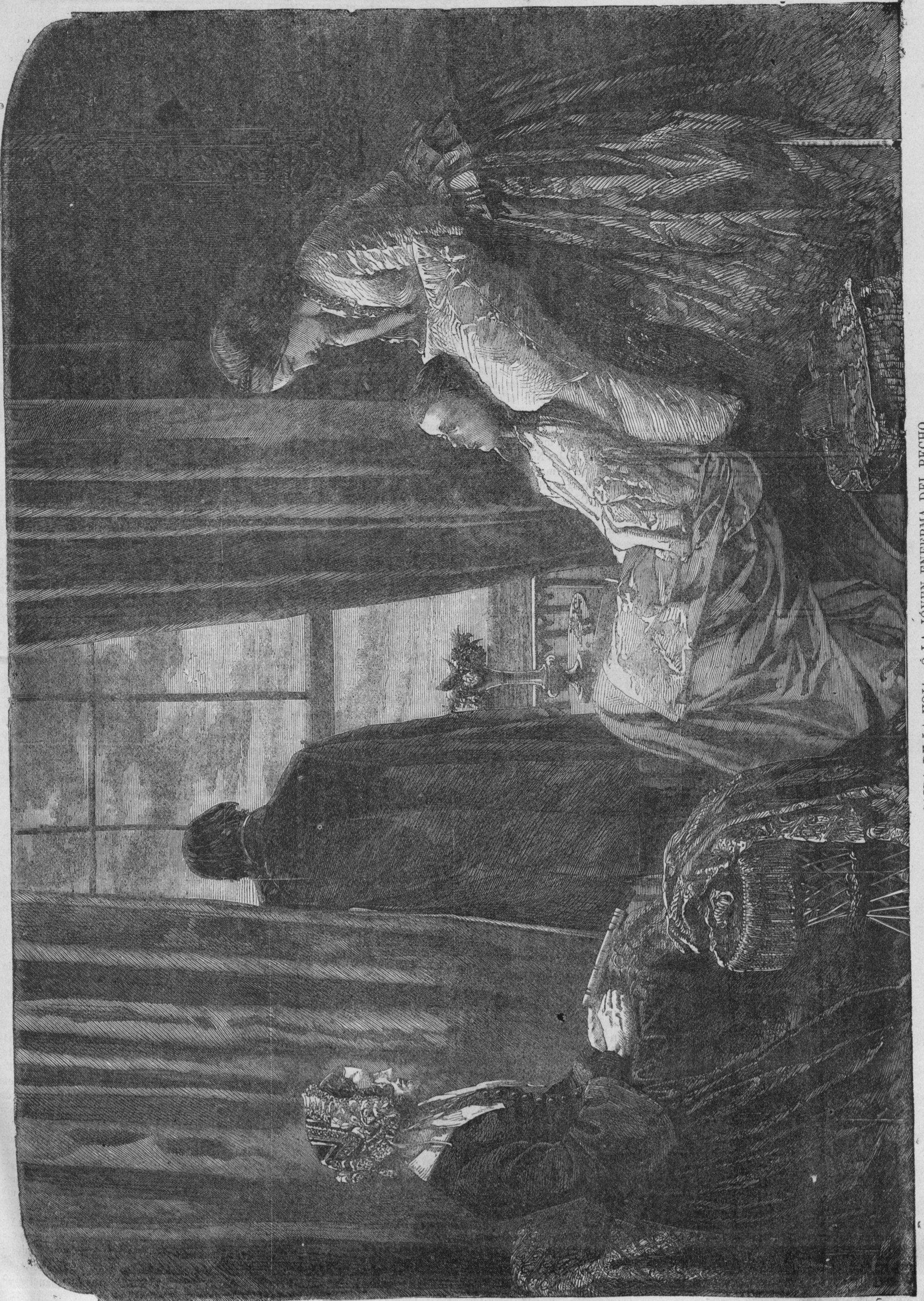
—Yo no necesito nada, caballero, respondió el niño...

El conde.—¿No? Pues te lo agradezco; hay pocos hombres que digan otro tanto. Pero dime, ¿qué haces en este campo?

El niño.—Arrancaba la mala yerba, guardando mis carneros, que pastan aquí cerca.



EL VENDEDOR DE CLAVELES.—SEVILLA.



CAIDA DE LA HOJA, Ó LA JÓVEN ENFERMA DEL PECHO.

Conde.—¿Y te gusta esta ocupacion?
Niño.—Sí señor, sobre todo cuando hace buen tiempo...

Conde.—Enhorabuena, ¿y no querrias más jugar?
Niño.—Esto no es gran trabajo; es casi una diversion.

Conde.—¿Y por qué trabajas?
Niño.—Para mi padre, caballero: vive allí, cerca de los árboles, en aquella cabaña que veis.

Conde.—¿Cómo te llamas?
Niño.—Pedro Alvarez, como mi padre.

Conde.—¿Qué edad tienes?
Niño.—Ocho años por San Miguel.

Conde.—¿Hace mucho tiempo que estás hoy en el campo?
Niño.—Desde las seis de la mañana.

Conde.—¿Y no tienes hambre?
Niño.—Algo; pero luego iré á comer.

Conde.—Si tuvieses una peseta ó treinta y cuatro cuartos, ¿qué harías?
Niño.—Verdaderamente que no lo sé, porque nunca he tenido tanto.

Conde.—¿No tienes juguetes?
Niño.—¡Juguetes! ¿Qué es eso de juguetes?
Conde.—Pelotas, peones, y caballos de madera y carton...

Niño.—No señor; pero el hijo de Tomás sabe hacer con piel y una vejiga de cerdo un globo, que arrojamus á patadas cuando hace frio, y además hacemos lazos para cazar pájaros: tengo tambien zancos para andar sobre el barro, y tenia un aro, pero se ha roto.

Conde.—¿No tienes ganas de tener otras cosas?
Niño.—No señor, porque no tengo tiempo de jugar. Yo llevo los caballos al campo, tengo cuidado de las vacas, y suelo ir á hacer recados al pueblo. El tiempo se pasa en todo esto, tan pronto como jugando.

Conde.—Pero si tuvieses dinero, podrias comprar manzanas y bollos cuando vas al pueblo.
Niño.—¡Bah! ¡Tambien hay manzanas en casa, y en cuanto á los bollos, ya me rio yo! porque mi madre hace tortas los domingos, que valen más.

Conde.—¿No te gustaria tener un cuchillo para cortar varas?
Niño.—Tengo uno en el bolsillo, que me dió mi hermano, mire usted, corta que es un portento....

Conde.—Me parece que tienes los zapatos rotos: ¿no querrias tener otros mejores?
Niño.—Tengo unos nuevos para los domingos.

Conde.—A los que tienes les entra el agua.
Niño.—No me importa nada....

Conde.—¿Y tu sombrero está roto tambien?.....
Niño.—Tengo otro mejor en casa, pero prefiero este porque el otro me hace daño en la cabeza y me aprieta en la frente.

Conde.—¿Y qué haces cuando llueve?
Niño.—Me meto debajo de un árbol hasta que pasa la nube.

Conde.—¿Y cuando tienes hambre antes de retirarte?
Niño.—Como algunas veces un nabo crudo, ó un pedazo de cebolla....

Conde.—¿Y si no lo encuentras á mano?
Niño.—Entonces tengo paciencia. Ya me ha sucedido algunas veces; pero trabajando mucho, no se hace caso del hambre.

Conde.—¿No tienes sed cuando hace calor?
Niño.—Sí señor; pero no falta agua por aquí....

Conde.—¿Pues sabes niño, que eso es tener filosofía verdadera?
Niño.—¿Verdadera qué?.....

Conde.—Filosofía; ya sé que tú no entiendes esto....
Niño.—No señor; pero creo que no será cosa mala.

Conde.—¡No! ¡no! Eso quiere decir que tú eres un niño bueno y razonable. Ya ves, amigo mio, que tú no necesitas nada, y yo no te daré dinero, para hacer te tener necesidades. Dime; ¿no vas á la escuela?
Niño.—No señor; todavia no, pero mi padre dice que iré despues de la recoleccion de las mieses para agosto.

Conde.—¿Entonces necesitarás libros?
Niño.—Sí señor; los niños tienen un silabario, un catecismo y un libro de evangelios....

Conde.—Pues bien, yo me encargo de dártelos; preven á tu padre y le dirás que te los compro porque eres un buen niño, que está contento con todo....

Niño.—¡Es Vd. muy bueno, señor! Doy á Vd. las gracias y me vuelvo á mi trabajo.

Conde.—Adios, Pedro....

Niño.—Estoy para servir á Vd., caballero.... ¿Y cómo se llama Vd.?.....

Conde.—El conde de Campomanes, presidente del Consejo de Castilla.

Niño.—Diga Vd. caballero, y Vd. es tambien filósofo?

Conde.—No, hijo mio, á pesar de haber empleado toda mi vida en buscar la verdadera filosofía, estoy muy lejos de haberlo conseguido como tú, que estás contento con todo.

Niño.—¿Con que no está Vd. contento?.....

Conde.—¡No! Adios Pedro.... y al galope de su caballo se retiró á San Ildefonso á tener una conferencia con varios cortesanos de valimiento, que trataban de introducir una modificacion en el ministerio de Carlos III.

J. M. G.

LISBOA.

Lisboa, córte del vecino reino de Portugal, forma una especie de anfiteatro sobre muchas colinas á lo largo de la orilla derecha del Tajo, y es uno de los más bellos y bien defendidos puertos de Europa. Su poblacion no baja de 260,000 habitantes. La ciudad antigua, resto del espantoso terremoto de 1755, presenta un aspecto triste y feo, como si recordase aquella tremenda catástrofe; pero la ciudad nueva se distingue por la belleza de sus edificios, por sus calles rectas, y por su limpieza. Los principales edificios públicos de Lisboa, son: el palacio Real de Ayuda, en uno de los extremos de la ciudad, defectuoso en algunas partes pero que cuando esté terminado podrá pasar por uno de los más suntuosos de la Europa; los de Bemposta y de las Necesidades le son muy inferiores; el Arsenal de la marina, donde se encuentra un salon de una magnitud extraordinaria; la Armeria, el teatro de San Carlos, comparable con los más bellos de Italia de segundo orden, y en fin, los edificios que forman la plaza del Comercio, donde descuellan la Lonja, la Aduana, la casa de las Indias, la Intendencia de la marina, la Biblioteca real, etc. Siete templos llaman principalmente la atencion en la capital de Portugal; la magnífica iglesia de Belen, fundada por el rey Manuel en el punto mismo donde se embarcó Vasco de Gama; la de San Antonio, notable por su arquitectura y sus adornos; la del Corazon de Jesus; la de la Catedral, restaurada despues del terremoto; la de San Roque; la de San Vicente de Fora, y la de Santa Engracia. La plaza del Comercio y la del Rocío, son las más bellas de Lisboa. El jardin público tiene el defecto de ser demasiado pequeño y monotono. Las más bellas calles son las del Oro, la Augusta, y la de la Plata, las tres tiradas á cordel, y que presentan edificios de una arquitectura regular, con tiendas brillantes. Observemos aquí de paso que á pesar de las declamaciones ridiculas de ciertos autores sobre la ignorancia supuesta de los portugueses, y la falta de establecimientos científicos y literarios, podemos asegurar que los posee Lisboa en abundancia. Esta capital de la monarquía portuguesa, ha decaido mucho de la altura en que se encontraba en el siglo xvi, cuando ejercía la supremacia comercial de la Europa; pero á pesar de esto es todavia una de las ciudades más comerciales de esta parte del mundo.

La torre de Belen, cuya vista presenta el grabado de nuestra primera página, es célebre en Portugal, habiendo sido construida por el rey D. Juan II, que tenia por sobre-nombre *El Grande*, y al cual es deudor este reino de grandes beneficios. Esta torre presenta un macizo cuadrado, cuyos frentes son iguales: dividida en pisos, su elevacion es de cien pies. Se halla sólidamente asentada sobre un terraplen que adelanta á manera de muelle en el Tajo, revestido de murallas con cinco ó seis troneras en cada lado de la bateria baja. El fuerte da señal de los buques que cruzan por su saguas, y sus baterias saludan los pabellones de las demás naciones, como es costumbre en todas las plazas que son al mismo tiempo puerto de embarque y desembarque.

MEMORIAS DE UN CANARIO

Del libro inédito SUEÑOS Y REALIDADES.

(Continuacion.)

II.

¿Cuanto tiempo habia pasado? No lo sé. ¿Habian trascurrido años ó breves momentos? ¿Cómo precisarlo? Habia como una nube entre el pasado y el presente, y en vano mi memoria queria romper sus nieblas. Lo cierto es que despertaba de nuevo á la vida.

La habitacion en que me encontraba se hallaba á oscuras. Un débil rayo de luz se filtraba con dificultad á través de las junturas de las maderas que cerraban el balcon; pero aquel rayo dudoso se apagaba entre los cortinajes de damasco.

No sabia, pues, donde me hallaba; pero sentia en mí una sensacion estraña é inesplicable parecida á la que se experimenta cuando á duras penas nos ponemos un traje demasiado estrecho, ó á lo que pasa al que acostumbrado á vivir en habitaciones espaciales y desahogadas, tiene que reducirse á un cuarto de Madrid en que apenas hay aire que respirar, en que el techo y las cuatro paredes nos ahogan como las tablas de un estrecho ataud. ¿Por qué experimentaba yo aquella sensacion? No lo podia decir, pero lo sentia, y para mi mismo traducia yo aquello con una frase vulgar pero en extremo gráfica:

—Era mayor el difunto.

Creia percibir cerca de mí como una respiracion suave, apenas perceptible, como el hálito de un niño que duerme soñando con los ángeles. Al extremo de la habitacion percibia, á pesar de la oscuridad, una sombra blanca cuya naturaleza no podia esplicarme.

De pronto aquella respiracion, suave y pausada como un andante de Haydu, se hizo más fuerte y pronunciada, semejando un bostezo. En seguida aquella sombra blanca se agitó, y otra sombra, tambien blanca pero mas pequeña, se segregó de la mayor y avanzó hácia donde me hallaba. La sombra pasó junto á mí y llegó al balcon: los cortinajes se descorrieron, se abrieron las maderas y la luz entró á torrentes á través de las vidrieras y de las blancas cortinas de muselina que las cubrian.

La habitacion era un nido, un pequeño gabinete tapizado de azul, con cortinajes azules: un elegante tocador de palo santo con tabl de mármol blanco, un pequeño estante de libros y un aparador de espejo de cuerpo entero, ambos tambien de palo santo, y tres ó cuatro sillones forrados de damasco azul, formaban el mobiliario de aquella reducida estancia. En el fondo del gabinete se veía una cama, abrigada por una blanca colgadura. Esta era sin duda la sombra blanca que habia percibido en la oscuridad. ¿Y la otra sombra blanca que habia abierto el balcon? Aquella sombra era una jóven, casi una niña, rubia como un ángel, envuelta en una blanca bata: de pié en medio del gabinete, procuraba auyentar el sueño, —perdone el lector lo prosáico del detalle— y se desperezaba, levantando sobre su cabeza sus brazos, que formaban un arco gracioso y encantador. Despues sus manos separaron los dispersos cabellos, que ocultaban casi por completo su rostro, y no sé cómo pude contener un grito al ver aquel rostro. Era *ella*, mas linda que nunca en el abandono del despertar, y con las indiscreciones del traje que se entreabria sobre el seno.

—Amor, amor mio, murmuró despues de bostezar de nuevo, ¿has dormido bien? Pobrecito.

Miré alrededor á ver á quién podian dirigirse aquellas cariñosas palabras, pronunciadas con su dulce y argentina voz y con acento insinuante y tierno, y á nadie ví en la habitacion más que á *ella*. Pero al dar vuelta mi mirada á mi alrededor, me ví en el espejo de cuerpo entero, y estuve cinco minutos sin poder convencerme que era yo.

Me hallaba colocado sobre un sillón frente al armario del espejo, y podia contemplarme á mi sabor.

Vergüenza me causa el decirlo, pero ¿qué remedio? Me hallaba en una preciosa jaula de alambres azules, imitando un kiosko en miniatura, y me encontraba gravemente colocado sobre el estrecho travesaño que iba de un lado á otro de la jaula.

Entonces comprendí la sensacion estraña que habia experimentado al despertar y que habia traducido, diciendo para mi capote:—Era mayor el difunto.—En efecto, el difunto era mayor, pues va gran diferencia del tamaño de un hombre, por pequeño que sea, alde un canario. Pero el difunto era yo, y el canario era yo mismo, yo tambien.

Una vez establecida mi personalidad, volví á mirarme de nuevo al espejo á ver qué tal facha tenia de canario. Debo decir en honor á la verdad que aquel examen me dejó más satisfecho que cuando era hombre. Me parecí á mi mismo guapo, estaba hecho en fin un canario presentable.

Mi plumaje, por regla general, era de un amarillo vivo, que parecia satén por su brillo y tersura; en la cabeza tenia una pequeña caperuza encarnada, reminiscencia sin duda de mi borla de doctor en derecho; el extremo de mis alas tenia un filete negro, de manera que

estando plegadas formaban una especie de frac; mis ojos eran brillantes, mi pico bien dibujado, mis patitas esbeltas y graciosas. Y yo me miraba con fucion al espejo.

—¡Qué coqueton es mi amor! dijo ella. ¡Amor mio, qué guapisimo eres!

Decididamente habia cambiado tambien de nombre, y sin duda mi bella carcelera me habia dado el precioso nombre de *Amor*. De la misma manera que me hallaba satisfecho de mi nueva habitacion y de mi nueva forma, me sentí contento con mi nuevo nombre.

—¡Qué callado estás, *Amor*! Pareces como asustado. ¿Qué tienes? ¿Me encuentras acaso fea hoy, y por eso no quieres echarme flores en tu armonioso lenguaje? ¿Es porque aun no te he sacado de la jaula? ¿O acaso la enfermedad que tienes por nombre se ha apoderado de tí?

Y la hechicera niña se sonreía al espejo y murmuraba por lo bajo, como con miedo de que lo entendiese yo, á pesar de ser canario.

—Nada tendria de particular.

Entonces se aproximó á mi jaula, y me alargó su preciosa mano. A través de los alambres la dí en sus lindos dedos mil dulces picotazos, que lejos de hacerla daño, parecian cariñosos besos.

—Ya veo que mi lindo esclavo y prisionero presta pleito homenaje á su reina y señora. Justo será en cambio que yo le dé algo de libertad. Hagamos concesiones.

Y al decir esto abrió la puerta de mi jaula.

—Pero es preciso que tengas juicio, *Amor*.

Pedir juicio al amor, donosa ocurrencia.

Viendo franca la puerta de mi cárcel, volé y me posé en su hombro. Entonces mi voz, que habia enmudecido por efecto de aquellas estrañas emociones, recobró vigor, y con armoniosos trinos y dulces gorreos quise decirle:

—Alma mia, bendita sea la hora en que soy tu prisionero y tú mi carcelera. Es en vano que me encierres en mi estrecha cárcel; más que sus alambres me tendrán preso á tu lado tus ojos oscuros tan vivarachos, tu rostro de nieve, tus luminosos cabellos, tu picaresca sonrisa, tu gracia, tu ingeniosa alegría. ¿Dónde tendria la dicha inefable de contemplarte á todas horas, de respirar tu aliento, de mirarme en tus ojos, de distraerte con mi canto? Tu pobre *Amor* se muere de amor por tí; te quiero, te quiero. No me destierres de tu lado, ténme siempre cerca de tí, cuidame tu sola, guarda para mí tus sonrisas y tus besos y tus inocentes coqueturias de niña. Quiéreme como yo te quiero.

Y todo esto se lo decia colocado en su hombro. No sé si ella lo entendia, pero sus ojos brillaban, en sus labios sonrosados jugueteaba una cariñosa sonrisa y su mano me amenazaba.

Picaro *Amor* ¿qué es lo que me estás cantando? Cállate. Al decir este se miraba al espejo é inclinaba hácia mi su rostro. No recuerdo dónde ni cuándo he visto un precioso grabado inglés que representa una bella *miss* que se mira al espejo teniendo sobre el hombro un canario: ella y yo éramos la fiel reproduccion de aquel grabado.

—¿Por qué dices que estoy guapa si nunca he estado tan fea como hoy? continuó diciendo.

—No soy yo quien lo dice, sino el espejo, contesté en un gorgo que asemejaba á una fermata hecha por la Patti.

—¡Adulador! ¡Embustero! Vamos á ver ¿con que me quieres, me quieres mucho?

—¡Te amo!

—Mentira. Engañoso. Ahora te voy á cojer. Siempre has sido un poco gloton y goloso. ¿A que prefieres comerme esta guinda á darme un beso?

Y al mismo tiempo me presentaba sus lábios de coral y una guinda purpúrea, incitante. No en vano era yo canario y canario goloso y gloton; así es que vacilé un segundo entre la fruta y los labios. Pero al fin venció el amor á la gula, y con mi diminuto pico la besé en su boquita risueña y la dí cien dulces picotazos en sus satinadas mejillas.

—Basta, basta, loco. Te creo, me quieres, *Amor* mio. Y haces bien porque yo tambien te quiero mucho.

Y al decir esto me cojió y me comió á besos y me escondió sobre su seno bajo la entreabierta bata.

—Dejémonos de locuras, dijo al fin. Es tarde y aun ni me he peinado ni me he vestido. ¿Prometes ser formal, ó te encierro en tu jaula? Bueno, pues estate muy quietecito ahí.

(Se continuará)

De tus ojos al destello
Mi amor el triunfo te cede,
Y tal estoy, que se puede
Ahogarme con un cabello.
Mi vida á estinguirse va
De un cabello pende ya,
Y la muerte no rehuyo,
Porque..... si el cabello es tuyo.....
¡Qué dulce muerte será!

E. BLASCO.

LYON.

Esta gran ciudad, la segunda del imperio francés por su grandeza y su poblacion (más de 3000,000 habitantes), se halla situada en la confluencia del Ródano y el Saóna. El dibujo de la cabecera de nuestro número de hoy dará una idea de la magnífica situacion de esta célebre ciudad, dominada por los montes Jourvières y San Sebastian.

Lyon es una de los primeras ciudades industriales de Europa, y sus sederias tienen fama en todo el mundo. Sus estensos y grandiosos boulevares, construidos recientemente, la dan un aspecto digno del rango que ocupa.

EL VENDEDOR DE CLAVELES.

(SEVILLA.)

«*Quien no ha visto Sevilla no ha visto maravilla;*» este dicho vulgar y conocido, es de una verdad innegable, como todos aquellos que tienen su origen en el pueblo. Posicion topográfica, delicioso clima, vegetacion vigorosa, mujeres encantadoras, todo lo reúne para que no aparezca exagerada la apreciacion antedicha.

Entre los tipos que descuellan en aquella célebre ciudad, hay uno muy digno de llamar la atencion, y es el vendedor ambulante de flores, cultivadas estas en los preciosos jardines de sus alrededores, que más que jardines, son unos bosques magníficos de naranjos y limoneros, que embalsaman con el aroma que de ellos se desprende el aire que allí se respira. *El vendedor ambulante de flores* lleva generalmente sus macetas colocadas en unas aguaderas, que descansan sobre el lomo de una pacífica mula ó de un modesto borriquillo, y en esta forma recorre las calles y plazas pregonando, con una en tonacion que no carece de gracia, su aromática mercancia.

Sin distincion de clases, lo mismo las señoras de alta posicion que las mujeres del pueblo, detienen á cada paso al vendedor; ajustan, regatean y le compran, pero con preferencia *marimónas* y claveles, que en Sevilla son de estremada belleza y de un aroma embalsamado, y con una gracia y destreza que solo á ellas les es peculiar, en medio de la calle, sin espejo ni preliminar alguno, alzan un lado de la mantilla y con ese instinto de buen gusto que Dios exclusivamente les ha concedido, colocan la flor sobre sus negros cabellos, tan dignos de llamar la atencion, como lo son sus negros y rasgados ojos, sus coralinos labios, sus bellísimos dientes y su picaresca sonrisa.

LA CAIDA DE LA HOJA.

La época de la caída de la hoja, que segun la estacion avanza veremos muy pronto aparecer, es fatal para los enfermos del pecho. La tisis, esa terrible enfermedad, cuyo remedio desdichadamente aun no se ha podido hallar, y que nos arrebatara todos los años no pocas jóvenes llenas de encanto, de virtudes y de belleza, es implacable en esta época, y hace mayores estragos en los países frios y húmedos, como la Inglaterra.

Una de estas escenas conmovedoras á inspirado al célebre pintor R. Robinson, la composicion del cuadro cuya copia damos hoy en la página 243.

Una joven enferma á que habian reanimado los hermosos días de la primavera y del estío, renaciendo en su pecho la esperanza de un pronto restablecimiento, vuelve á sentir los síntomas terribles del mal, y se siente sobrecogida de inquietud y de agonía. La desconsolada familia que se lisonjeara tambien de que la pobre joven habia vencido su mortal dolencia, cae nuevamente en el abatimiento al contemplar los síntomas desgarradores que aquella produce. Un pensamiento de muerte agita á todos los individuos que forman el cuadro.

La enferma, abatida por la fiebre y por la incesante

tos que la atormenta, dirige su triste mirada de despedida á todo lo que la rodea. Apoyada sobre un sillón, su hermana más joven, la contempla con dolorosa tristeza.

Sentada al frente de la pobre sentenciada se halla la madre con el corazon traspasado de dolor, y fijando su tierna mirada en la más joven de las hijas, y un pensamiento desgarrador viene á duplicar su tormento. ¡Quién sabe si aquella otra hija, hoy tan llena de vida y de salud, se verá tambien atacada mañana de aquel terrible mal que nada respeta!

En el cuadro se destaca tambien un hombre, ¿es el hermano? ¿es el padre? ¿es el amante?... Sea quien fuere, se halla vuelto de espaldas y próximo á una ventana, sin duda con el objeto de ocultar la emocion que su corazon no puede, contener, y dejandole caer la cabeza sobre sus manos, se apoya en el afeizar absorbido en sus tristes meditaciones.

MONUMENTOS HISTÓRICOS DE LA ALSACIA.

(BAJO RHIN.)

El viajero que recorra los pintorescos sitios que embellecen los dos departamentos del Rin, hallará á cada instante las huellas y los monumentos de arte y de las ciencias del pasado, los unos en venerables ruinas, las otras conservadas ó restauradas por la caridad de los arqueólogos, y por el cuidado de algunas celosas y entendidas autoridades.

Los alrededores de *Niederhaslach*, principalmente, se hallan cuajados de venerables y magníficos recuerdos de tiempos bien remotos.

En primer lugar y en el centro del grabado que en nuestra página 246 aparece, se destaca la iglesia de *Niederhaslach*, magnífico edificio que data del siglo XIII. Su estilo es gótico primitivo, su carácter monumental, la pureza de sus líneas y la noble sencillez del conjunto, le han valido ser clasificado por los hombres de ciencia como uno de los mejores monumentos históricos. Ultimamente ha sido objeto de una restauracion tan completa como sábiamente verificada.

Al Sud de *Niederhaslach*, se perciben sobre una altura de carácter sombrío, las ruinas del castillo *Girbaden*. Su aspecto descarnado corona dignamente la agreste cima, y los restos de algunos arcos rodean los últimos lienzos de la torre principal, que se levanta como gigante vencido entre los árboles seculares que la circuyen.

El castillo *Lutzelbourg*, dibuja sus torres sobre una altura que domina el valle, donde numerosos canales y arroyos hacen mover la maquinaria de las fábricas y molinos. Este castillo no se halla completamente abandonado, porque en el día lo ocupa una pequeña guarnicion.

El castillo de *Lausterg* presenta tambien un aspecto sumamente pintoresco. Sus venerables ruinas datan igualmente del siglo XIII, y la naturaleza ofrece grandes bellezas en este sitio montañoso.

A una legua al Norte del mismo pueblo, se abre un precipicio, formado por gigantescas rocas de pórfiro y es de una de estas montañas enormes, de donde se precipita desde una altura de cuarenta metros, la célebre cascada de *Niedeck*.

AVISO.

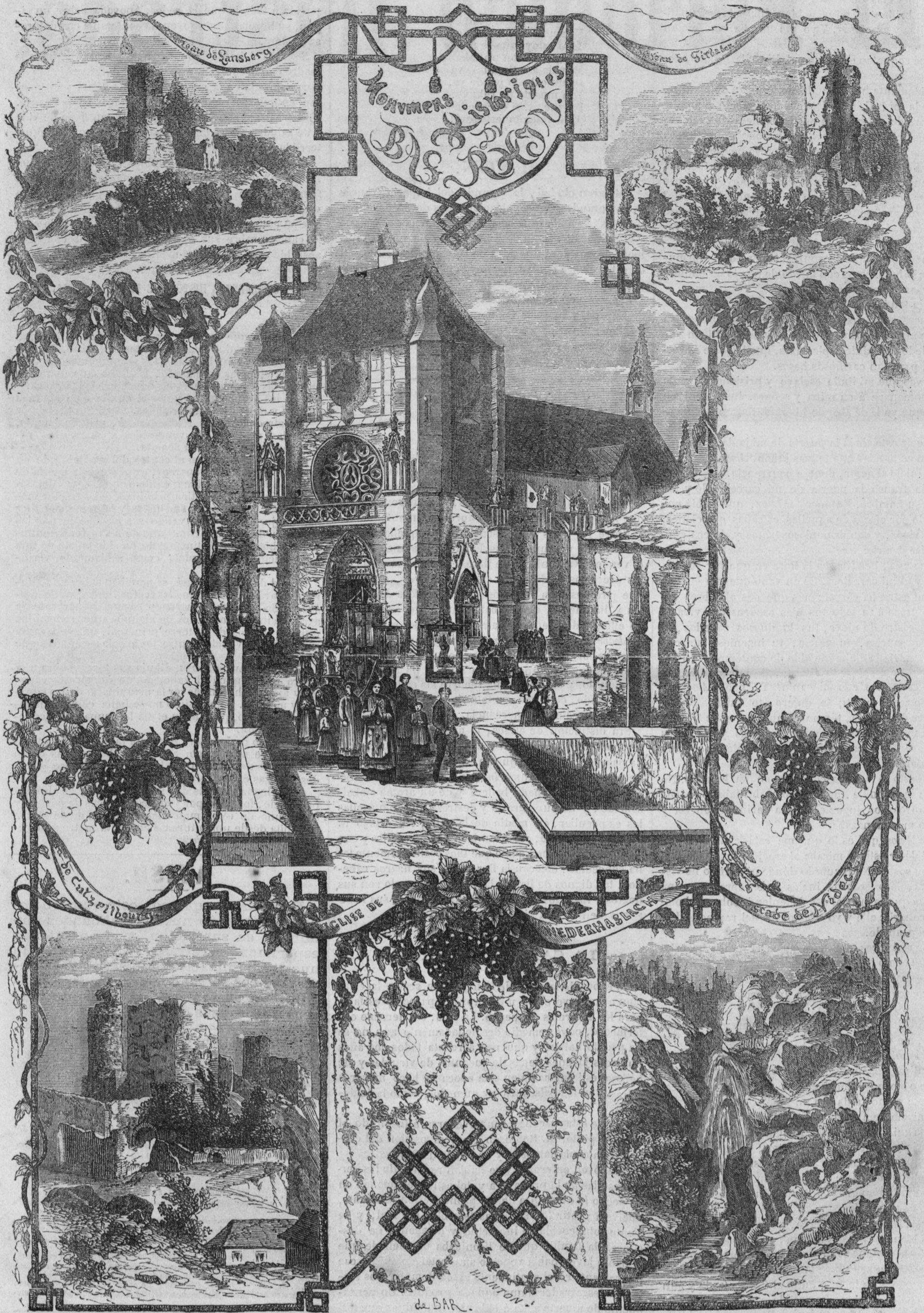
Recordamos que con este número tienen muchos de nuestros abonados terminada su suscripcion, y si no quieren experimentar retraso en el recibo de nuestra publicacion, deben avisar inmediatamente su renovacion, acompañándola con su importe en sellos de correos ó libranzas del giro.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

- D. J. M. R., de la *Guarida*.—Segun avisos anteriores, no podemos servir su reclamacion sin acompañar el importe en sellos.
D. C. L., de *id.*.—Tenemos ya recibido el importe de la suscripcion desde 1.º de agosto para D. P. V.
D. E. C., de *F. de Posadas*.—Recibidos los 28 reales.
Señora viuda de D., de *Monibodo*.—Satisfechas las cuatro suscripciones desde 1.º de setiembre á 1.º de marzo del 66, y servida su reclamacion.
D. J. M. L., de *Matricó*.—Satisfecha la suscripcion de D. J. M. O. hasta 1.º de marzo del 66.
D. J. V. A., de *Deva*.—Renovada su suscripcion hasta 1.º de marzo del 66.
D. J. M. A., de *Hervás*.—Hemos recibido sus sellos, y abonado hasta 1.º de marzo del 66.
D. E. A., de *San Sebastian*.—Renovado su semestre desde 1.º de setiembre.
Doña J. F., de *Novales*.—Queda Vd. abonada hasta fin de febrero.
D. J. A., de *Alcolea del Cinca*.—Servidas sus reclamaciones y corregida la direccion.
D. M. C., de *Barcelona*.—Renovada su suscripcion desde 1.º de setiembre.
D. J. M. B. y C., de *Alcolea de Cintrava*.—Recibidos sus sellos.
D. R. de P., de *Vitoria*.—Recibidos los 14 rs. y renovada su suscripcion hasta 15 de marzo.
D. M. M. y L., de *Pancorbo*.—Su suscripcion venció en 1.º del corriente.
D. A. D., de *Sevilla*.—Nuestro almanaque aparecerá á últimos de noviembre. Se admitirá su anuncio como desea.
D. P. M., de *Barcelona*.—Le damos las gracias por el interés que se toma por nuestro periódico. Quedamos en servirle semanalmente los 150 números que pide.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LABARTINIERA.

MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS; Cabeza, 12, principal.



MONUMENTOS HISTÓRICOS DE LA ALSACIA. — (Bajo Rhin.)